

HISPANIA





L. BONNIN

L. BONNIN.—PROCESIÓN DE MAYO



LA PRIMERA COMUNIÓN

GRUPO ESCULTÓRICO DE JOSÉ LLIMONA

Siempre que en días primaverales como los presentes, llenos de flores, de perfumes y de luz, veo transcurrir por las calles enjambres de niñas vestidas con nevadas túnicas, cubiertas de amplios mantos de nevado tul y coronadas de guirnalda de nevado azahar, se me viene sin remedio al pensamiento el recuerdo de una obra maestra del moderno arte catalán que sintetiza maravillosamente las primicias del culto eucarístico, en estos poéticos días del mes de Mayo. Me refiero á *La primera comunión*, de José Llimona, realización cumplida, realización gloriosa de una de estas visiones espléndidas que en un momento de inspiración cruzan, como meteoro de luz, por el alma de un artista.

El asunto no puede ser más interesante y emotivo. Por un lado, como todo lo que se refiere á la comunicación de los seres humanos con su Criador, el tema toca en lo grande, en lo imponente, en lo sublime. Por el otro, como ceremonia, que representa, del culto público, pertenece á la realidad viviente y sensible, á la realidad de todos los días, á la vida característica y local... Pero concibió la escena el escultor con tan alta idealidad y tal fuerza de sentimiento; la compuso con personajes tan bellamente

elegidos; la dotó de formas tan significantes y actitudes tan expresivas; mitigó tan sabiamente, en detalles y accesorios, las indicaciones que pudieran parecer hartamente episódicas ó circunstanciales, que la escultura toca milagrosamente á esta unidad de pensamiento y de forma, á esta intensidad de expresión, á esta síntesis suprema que solo alcanzan las obras maestras, las grandes obras definitivas. Una vez visto este grupo magistral, se saca la impresión de que no es posible quitarle ni añadirle nada, y el espectador queda íntimamente convencido de que ya no será dable, ni aquí ni allí, realizar el pensamiento plástico de una Primera Comunión, por otras figuras, por otras formas, por otras actitudes, que las escogidas y dispuestas por el esclarecido estatuario catalán.

Si queréis juzgar del acierto, acaso intuitivo, con que ha procedido el escultor en la invención de su obra, contemplad algo detenidamente el grupo, poned con atención los ojos en aquellas dos niñas apenas adolescentes, que asoman la parte superior del cuerpo tras la baranda del comulgatorio, en el acto de recibir por vez primera el sacramento de la Eucaristía.

Lo que ante todo observaréis es que, para dar variedad

á las dos figuras de comulgante y al propio tiempo para indicar la igualdad de las criaturas ante la divina gracia, el artista ha escogido como personajes de su escena dos niñas de diferente tipo, de diferente temperamento, de diferente vestir, de diferente clase social. La de la izquierda es una flor silvestre, niña del campo, fuerte y robusta, modesta en el traje y las maneras, sin más atavíos que un sencillo jubón y una capucha campesina que, un tanto arrebujada sobre el liso peinado, cubre á medias la cabeza. La de la derecha es una jovencita nerviosa y delgada, flor exquisita de la ciudad, que revela las ventajas del medio social en que vive en el corte y la finura del vestir, en los dijes que penden de su cuello, en la corona de rosas que ciñe sus sienes, en el ancho velo de tul que, prendido en la cabeza, se esparce por las espaldas en amplios y airosos pliegues.

Mas no se crea que la variedad en los elementos que integran la obra se detenga aquí, puesto que el diverso carácter que ofrecen las comulgantes en tipo físico y esfera social, también lo revelan en la actitud respectiva, originada principalmente por las individuales situaciones de tiempo que representan una y otra dentro de la acción común. La jovencita del velo está figurada en el momento de ir á recibir el pan divino, y, anhelante, temblorosa, palpitando de emoción, sostiene con ambas manos la tohalla, cierra los ojos, adelanta la cabeza y entreabre los labios, en un ademán maravillosamente traducido que tiene algo de espanto y arrobamiento á la vez. La campesina, en cambio, que ya ha recibido la sagrada forma, echa el cuerpo atrás, deja caer la cabeza y, cruzando las manos sobre su pecho de virgen, aparece postrada, abatida, absorta, como caída en el desmayo de una fruición celestial.

De estas distintas posiciones de los dos cuerpos nace naturalmente un hermoso contraste de claro obscuro, que lo mismo puede considerarse como un simple efecto de luz, hábilmente acentuado por el escultor, que como exteriorización felicísima de un delicado pensamiento místico, mucho más fácil de sentir que de explicar. Probaré, no obstante, de indicarlo, haciendo notar que la comulgante del velo, al tender en alto la cabeza, en dirección á la sagrada forma, muestra el rostro vivamente iluminado, como si de lleno recibiera en la cara la luz esplendorosa que pudiera irradiar la Eucaristía que tiene ante los ojos. Efecto contrario produce la otra niña, la campesina. Como ya ha sumido ésta el divino manjar, inclina languidamente la frente, se recoge, se concentra en sí misma, quedando su semblante velado por dulce sombra, algo así como hundido en la misteriosa penumbra de una adoración hacia adentro, de una adoración interior hacia el Dios omnipotente y piadoso que se dignó entrar en su cuerpo...

Mas, no basta un somero análisis como este para dar completa idea de una obra que, por su complejidad, podría presentarse como ejemplo de estas modernas creaciones plásticas, revolucionarias, desconcertantes, á causa de su naturaleza al parecer poco adaptable á los caracteres

estéticos y á las exigencias materiales de la Escultura.

Una á una hemos visto caer casi por completo, en nuestros días, las barreras formales con que delimitaban los antiguos preceptistas los campos de acción respectivamente asignados á las artes. Ciertas teorías de Hegel y de Schlegel, ciertas ingeniosas comparaciones de Lessing, antes admitidas como artículo de fe, apenas si tienen actualmente sentido alguno de realidad. Sin pedir la venia á los tratadistas, unas artes invaden el terreno de las otras, robándose mutuamente las propiedades, los caracteres, los asuntos y los modos de representación, que un tiempo se tuvieron por esenciales. En este trasiego de moldes, en este trastrueque de modalidades artísticas, la Pintura, que es el arte más invasor de los tiempos modernos, ha dejado sentir su influencia constante, decisiva, casi absorbente sobre todas las demás. Una de las que más se ha dejado influir es la Estatuaria. No ya el relieve ni la escultura de caballete, sino la escultura monumental se ha hecho cada vez más pintoresca, tomando de su hermana el movimiento, los efectos, los contrastes de luz y la expresión de los más hondos afectos del ánimo.

Pues, uno de los más sorprendentes milagros que en el género conocemos es el realizado por José Llimona en su *Primera Comunión*. Con el arte originariamente pagano y carnal de la escultura, ha creado una obra de alto misticismo cristiano; con el arte más macizo, más amigo de la estabilidad, ha hecho una escena de vida y de emoción; con el arte esencialmente destinado á expresar la exterioridad formal de los cuerpos, ha traducido la expresión de los más espirituales estados del alma; con la materia monocroma ha producido admirables efectos de luz y como ilusiones incomprensibles de color...

Es una obra que á la vez se impone á los sentidos y al espíritu.

Temas por el estilo son abundantísimos en la pintura moderna, y no faltan en estatuaria representaciones más ó menos elocuentes de «niñas comulgantes»; pero ni en el arte propio ni en el extranjero recordamos nada que ni de lejos pueda ser comparado con la obra de Llimona. Por esto, al contemplar por vez primera el portentoso grupo *La Primera Comunión*, sentimos una vez más robustecerse la fe ardiente que tenemos en la virtualidad de nuestro arte y abrimos el pecho á la esperanza por lo que hace á sus destinos del porvenir.

R. CASELLAS



O. JUNYENT.— LAS GRADAS DEL TEMPLO



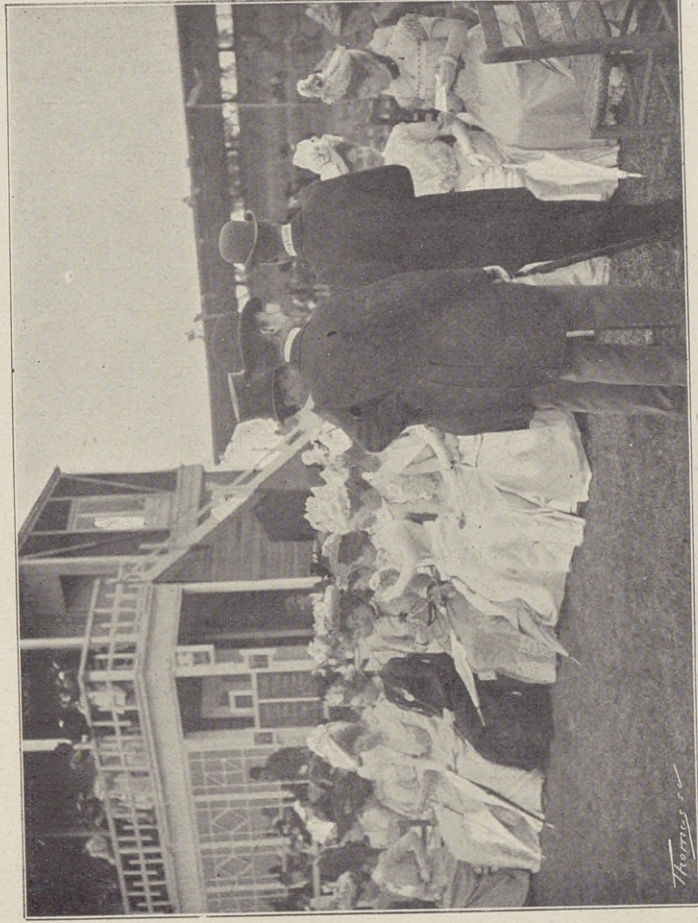
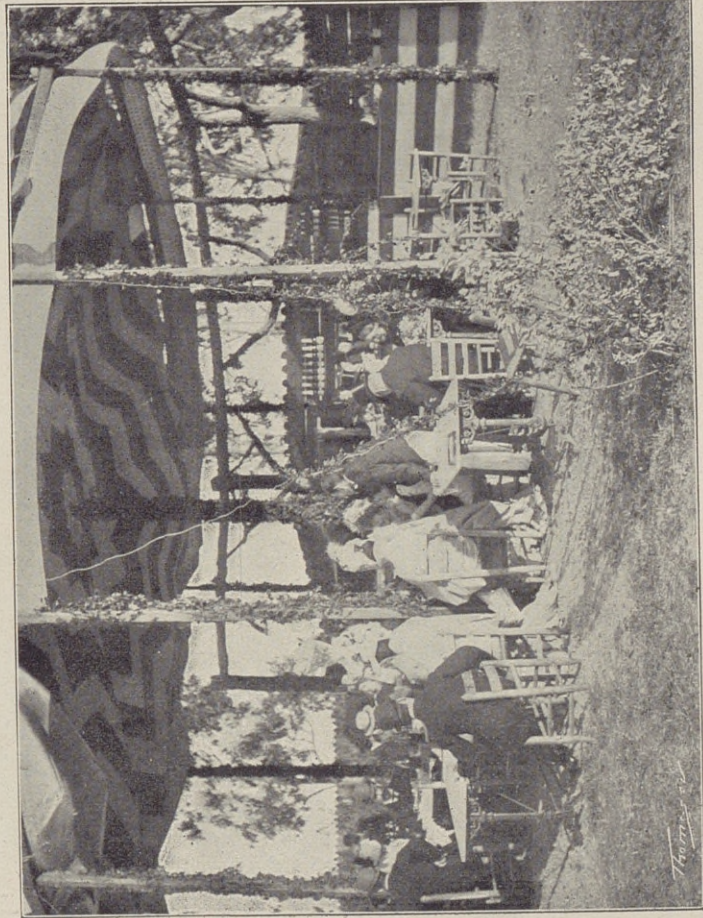
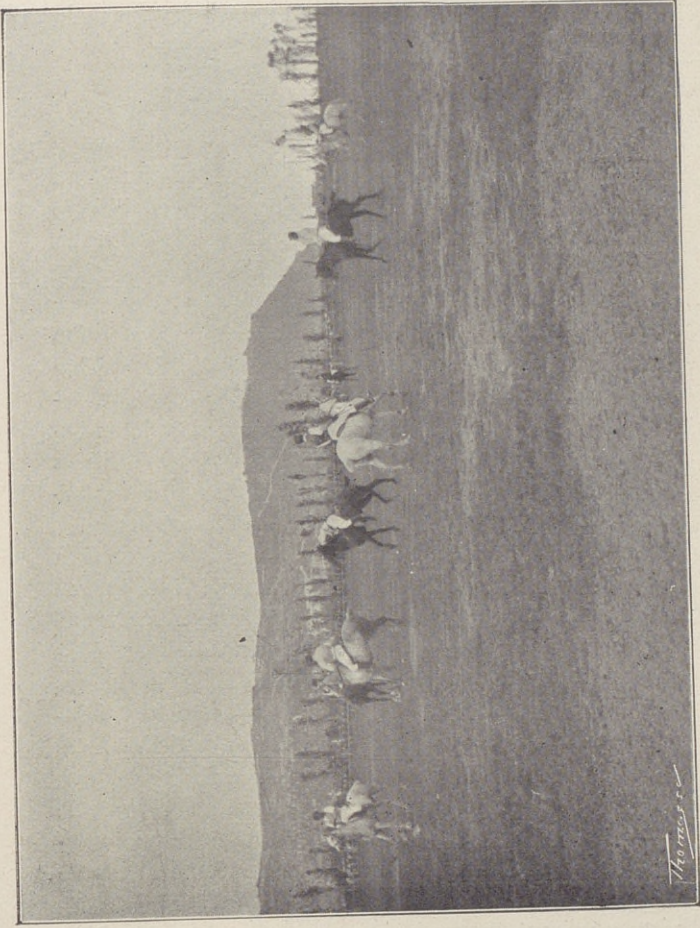
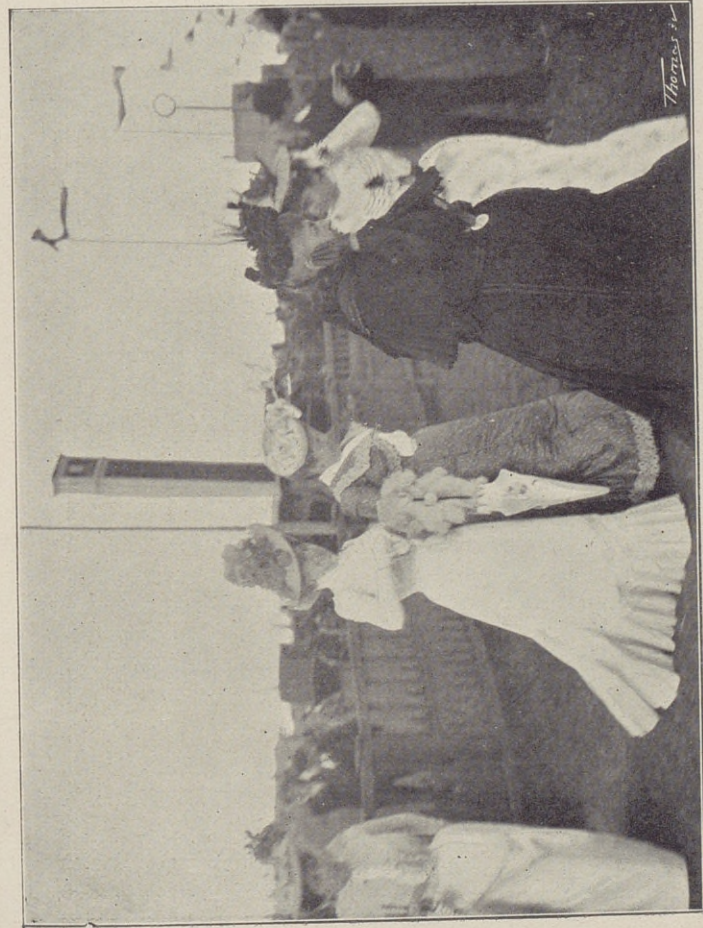
JOSÉ LLIMONA.—LA PRIMERA COMUNIÓN

HIPODROMO DE BARCELONA



CARRERAS DEL POLO-CLUB

HIPODROMO DE BARCELONA



CARRERAS DEL POLO-CLUB

CRÓNICA DE LA EXPOSICION DE PARÍS

No tengo la pretensión ridícula de creer que soy infalible y que veo mejor y con más sabiduría que los demás, los efectos de luz y sombra proyectados por esta inmensa Exposición; pero entienda también quien quiera que sea, que me honre con la lectura de estas crónicas, que voy á aportar aquí mi impresión personal, alejada de toda sugestión agena, y de todo lo que parezca pasión por escuela determinada, por más que yo crea que, á los viejos, nos cuesta trabajo arrancar los antiguos moldes de su cerebro, ya que estamos con ellos tan encariñados que romperlos nos parecería acción vil de iconoclasta y traición hecha á nuestros viejos amores.

Para mí que he visto ya tantas Exposiciones, la última me parece un tránsito, me parece una concesión hecha á los atrevimientos americanos; me parece, ¿por qué no decirlo francamente? que América ha venido á Europa á conquistarnos é invadirnos con la peor de las concesiones, la de un arte que balbucea, y ya quiere hacer tabla rasa de todas las filigranas de los diferentes órdenes arquitectónicos que son nuestros mejores blasones de cultura, y que sin haber descubierto nada que valga la pena de sustituirlos, se atreve á todo, con tal de que sea grande y sea la representación simbólica de una cifra fabulosa de millones.

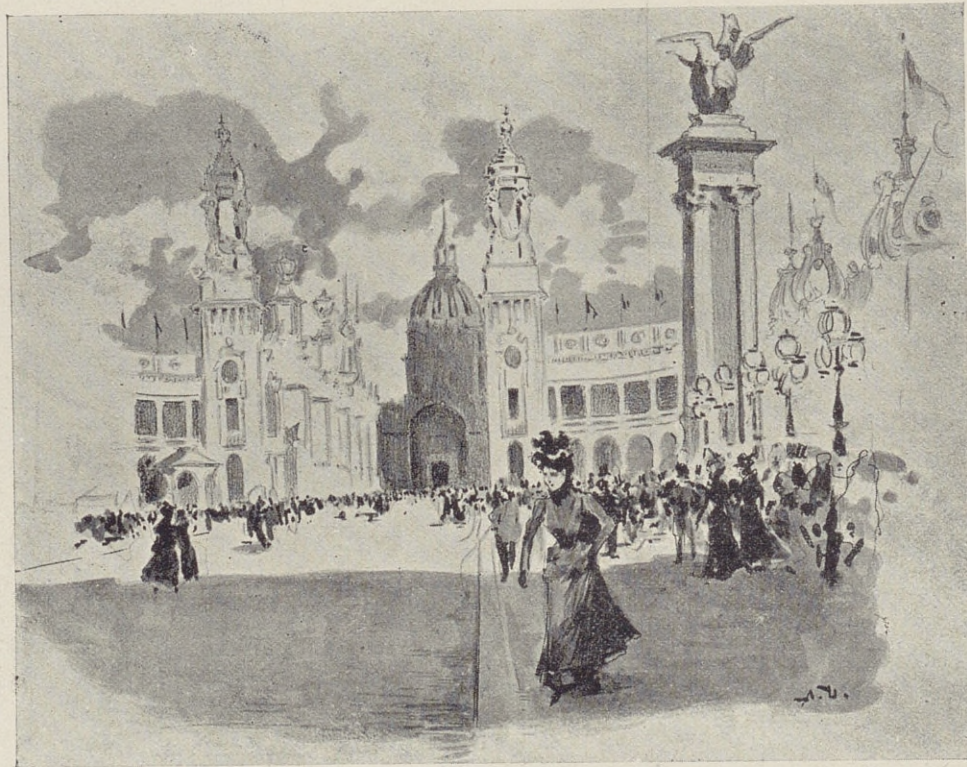
La puerta monumental de la Plaza de la Concordia es una manifestación desdichada de ese afán de buscar cosas nuevas que, si revelan osadía, no prueban que haya nacido el hombre genial que ha de trazarlas é imponerlas; claro es que la metalurgia ha venido al mundo con energías suficientes para exigir á la ciencia y al arte que se

cuenta con su concurso en lo sucesivo, para que el hierro y el acero puedan entrar en combinación con elementos decorativos, nuevos ó viejos, que den á la arquitectura moderna ideales propios de los tiempos que corremos; pero lo cierto es que, hasta ahora, semejante pretensión no se ha logrado, y que, en este concepto, la Exposición de París no puede compararse con la de Chicago, no sobrepujada ni en atrevimientos de estática, ni en hermosura de conjunto de terrazas holgadísimas, no consentidas por los estrechos límites en que se han movido los arquitectos de Francia al proyectar su Exposición Universal.

Juzgue el lector por sí mismo, busque el punto de vista más famoso, el eje del puente de Alejandro, desde la gran avenida de los Campos Eliseos. ¡Qué hermosura! ¡qué palacios! ¡qué conjunto! el puente ancho, de líneas finas y sobrias, tan ancho que compite con el de las mejores avenidas, con sus columnas rostrales, y elementos decorativos sabiamente pensados; los palacios de Bellas Artes y de Artes retrospectivas, de riqueza incomparable, con detalles tan sentidos, tan hermosos, con una riqueza de mármoles, de herrajes, de mosaicos, todo armonioso y espléndido, que ellos solos bastan para mostrar al mundo cuanto es capaz de producir esta raza que, por ley de atavismo, volverá á reproducir las obras que han sido fruto genial de sus artistas inmortales.

Pero, si se detiene al detalle nimio, escrupuloso, de las obras arquitectónicas ejecutadas, si se busca la justificación de estilos mal combinados, de ansias de algo nuevo que el modernismo traduce en colores que desentonan, en formas enrevesadas que la geometría analítica no reduce á fórmula matemática; si se quiere ver un adelanto en la combinación del hierro con los materiales pétreos y decorativos de antiguos moldes, en todo esto, la fortuna ha sido tan escasa, el resultado tan incierto, el módulo de conjunto tan desmedrado, que, bajo este punto de vista, la Exposición, en su conjunto, muéstrase inferior á la de 1889, por más que se ha procurado agotar la fórmula sajona, el *The greatest in the World*, en todas sus manifestaciones, apurando los más ricos recursos, y agotando las más sabias y originales invenciones.

Y este estado de cosas



El puente de Alejandro III y los Inválidos



Puente de madera, que conducía á la instalación del GLOBO CELESTE, hundido al peso de los transeúntes

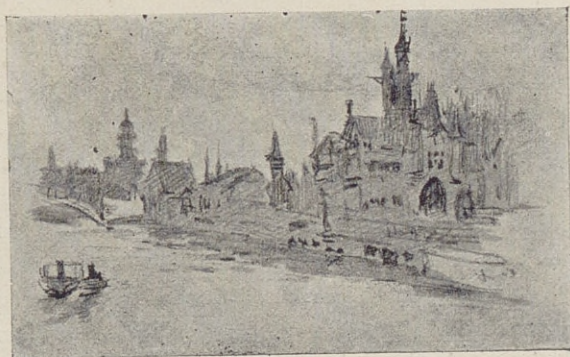
que se halla en todas partes; en Inválidos, exagerado por la longitud del eje de simetría de los principales edificios; en la calle de París, por el agrupamiento indecible de sus atracciones; en la calle de las Naciones, por el amontonamiento exagerado de edificios variadísimos, que impone á la vista cansancio producido por la repetición incesante de lo que en arquitectura descuella y se impone; en el Trocadero, por su población colonial, con sus edificios morunos, tan repetidos en escasa superficie, amontonados, dominando la nota blanca y los cupulinos árabes; la impresión producida es la de que falta espacio á tanta grandeza, y la de que aquellos palacios y aquellas trazas holgadasísimas necesitarían doble superficie para mostrar al mundo, aquí congregado, lo que sabe producir la gallarda cultura de estos hombres, y la riqueza fastuosa de este pueblo.

Pero aun así y todo, aun admitido el sufrimiento del espíritu que se halla aprisionado entre tantas grandezas, el que sale por la mañana temprano en día de cielo azul, solo arbolado por manchas difuminadas del humo de la población industrial, cuando el sol dora toda la ciudad nueva, nacida de la ardiente fantasía de tantos hombres que han querido realizar en el Campo de Marte y en Inválidos un nimbo de hadas, con sus palacios, sus naumáquias, sus fuentes monumentales, y sus estatuas, la vista se recrea en este marco grandioso que se llama París, rejuvenecido; en sus arboledas, por la savia poderosa de la primavera; en sus calles, por las muchedumbres de todos los puntos cardinales del mundo; en sus sociedades, por fermentos nuevos, pavorosos, dignos de estudio y preocupación porque, en mi concepto, preparan una revolución que dislocará todos los ejes de las sociedades modernas, y París llama á los hombres de buena voluntad para que vengan á aprender como se fraguan en el mundo los elementos nuevos que condensados en esta Exposición,

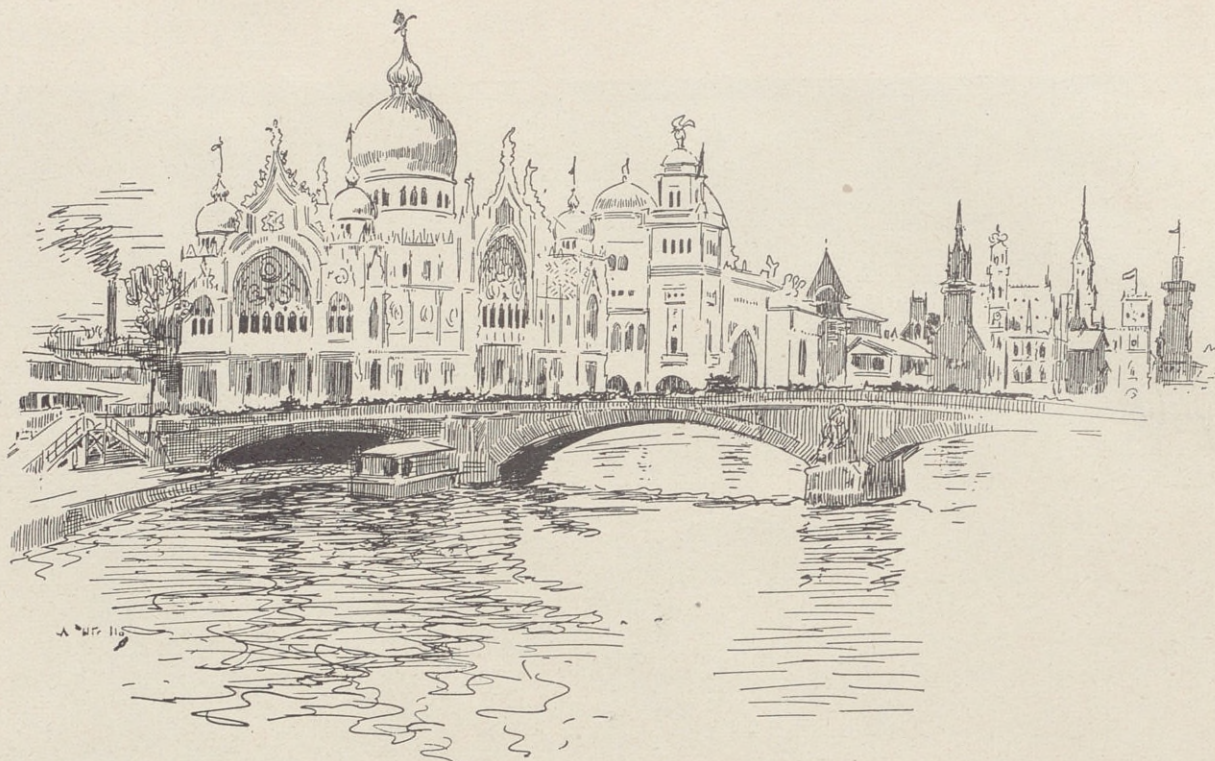
y en poco espacio, atormentan al espíritu y los confunden con el múltiple concepto de su pasado, su presente y su porvenir. Y si aquí, para el hombre pensador, hay más, mucho más que palacios y estatuas, fuentes monumentales y puentes soberbios, el Trocadero y los Inválidos con su tumba rematada por la cúpula de tonos negros y dorados que glorifica la historia de un conquistador, porque en el agrupamiento de la riqueza industrial de los siglos, en la pavorosa competencia de los pueblos, puesta aquí, frente á frente, pacífica hoy, guerrera mañana, en el desden del obrero que no quiere acabar su obra, y se obstina y gruñe, porque halla aquí botín que repartir, con todo esto, y mucho más, se hallan tantos conceptos y tantos motivos de estudio que el observador agobiado por tantas grandezas reunidas, no tiene más remedio que elevar el espíritu á Dios y puesta la fe en el progreso de la humanidad, confiar en que, después de su trabajo, cuando haya llegado á una nueva etapa social y descanse, podrá decir una vez más y con toda su alma: *sursum cordam*.

RAFAEL PUIG Y VALLS

Ilustraciones de A. UTRILLO



Reconstrucción del PARIS VIEJO, vista desde el puente de Alma



Calle de las Naciones, vista desde el Sena

PARIS Y LA EXPOSICIÓN

IMPRESIONES Á VUELA PLUMA

Durante estos últimos días, los Parisienses han separado un poco, un poquito, no mucho, sus miradas y su atención del Gran Certamen, para fijarlas en el palenque político. Hemos tenido elecciones municipales y esto es muy importante... ¡ya lo creo! no precisamente por tratarse de la renovación del Concejo que administra esta gran ciudad, sino porque iba involucrada en la lucha electoral, una de las cuestiones que hoy apasionan más á los que de política se ocupan: la cuestión del nacionalismo. Los lectores de *Hispania* estarán ya enterados de que los nacionalistas, á cuya cabeza figuran Deroude — hoy desterrado en España — el poeta Coppée, el gran crítico Lemaître, Henri Rochefort el virulento y genial libelista, Edouard Drumont el terrible anti-semita y otros varios personajes de viso, han obtenido un éxito que aunque parcial no deja de ser brillantísimo y muy superior á lo que ellos mismos esperaban. Así es que están como niños con zapatos nuevos. Y para ellos el semi-triunfo alcanzado el último domingo reviste mucha mayor importancia — importancia nacional — que todas las grandezas y bellezas de la Exposición. Así mismo me lo declaraba un periodista del partido, con quien tuve el gusto de almorzar ayer en uno de los restaurants que se han improvisado acá y acullá y en donde por cinco francos nos sirvieron un almuerzo de lo peorcito que he comido en mi vida. Tres platos... homeopáticos, pero en cambio muy mal confeccionados. Al pagar *l'addition* me permití hacer sobre

el particular una observación muy suave al mozo, el cual me contestó suspirando: ¿qué quiere V. señor?... todo está por organizar todavía; todo se resiente del apresuramiento con que hay que hacer estas cosas; pero más adelante ya será distinto; deje V. que vengan en masas imponentes extranjeros y parisienses y verá como servimos... peor y más caro.

Predicción es esa que creo muy racional. Recuerdo todavía lo que me pasó cuando la última Exposición, la del 89, en un restaurant de los más acreditados que encerraba el recinto. Almorzamos una mañana en él el Conde de *** un español agregado á la Embajada de..., mi ilustre y malogrado tocayo Alfonso Daudet y yo. Nos dieron una tortilla microscópica, un *Chateaubriand* en que era difícil el hincar el diente, una langosta sospechosa, un pedazo de queso, una botella de Burdeos fabricado en el *quai* Bercy y una taza de café, digo, tres tazas de café. ¿Y á que no adivinan ustedes cuanto nos llevaron por ese banquete?... pues 60 francos: cuatro napoleones, ó cuatro repúblicas de plata, por barba. Y como esta Exposición es sin duda más importante que la otra, es natural que el despojo adquiera velos mucho mayores. Así lo exigen la lógica por una parte y los intereses del industrialismo por otra.

Asegurábame no obstante, hace tres días, un alto empleado de la Prefectura, que se quería tomar medidas enérgicas para poner á raya á los restauradores y garan-

tizar á indígenas y forasteros contra los excesos de una rapacidad insaciable; pero ¿cómo obtener esa garantía, sin atentar á la libertad individual que los fondistas y cafeteros consideran como el más sagrado de los Derechos del Hombre conquistados hace más de un siglo? Hay industrial que si no le dejan cobrar dos francos por un par de huevos pasados por agua dirá que la reacción impera y que están conculcados todos los principios de la Revolución francesa.

Entre tanto, la masa explotable empieza ya á afluir en proporciones que anuncian una invasión despampanante. Los trenes arrojan diariamente sobre el empedrado parisien legiones de provincianos y de extranjeros, á quienes atrae la extraordinaria sugestión que de esta feria colosal irradia por todas partes; sugestión que lo mismo experimentan los poderosos que los miserables, los archimillonarios y los pobres diablos que no tienen donde caerse muertos.

Ayer pasaba yo por delante del *Grand Hotel* en el momento mismo en que se apeaba del carruaje un yankee voluminoso, imponente, con cara de pocos amigos, seguido de su mujer, de sus dos hijas y de cinco criados. Dijéronme que era uno de esos reyes del industrialismo norte americano, repletos de millones y de orgullo, que á pesar de su desden por todo lo europeo, no pueden resistir al deseo de visitar ese París encantador, irresistible, sin rival en el mundo. Hacía ya dos meses que había, telegráficamente, ajustado varias habitaciones en el hotel y llegado el momento de partir de New-York no encontrando pasaje en ningún trasatlántico (todos los camarotes están ya tomados hasta fines de Octubre) alquiló el yacht de un particular para poder hacer cómodamente la travesía. Verdad es que eso le ha costado la friolera de 25000 dólares; ¿pero que representa esa bagatela para un hombre que posee setenta y cinco millones?

Haría escasamente un cuarto de hora que había echado una ojeada sobre ese fenómeno, cuando la casualidad me ofreció el poder contemplar el reverso de la medalla.

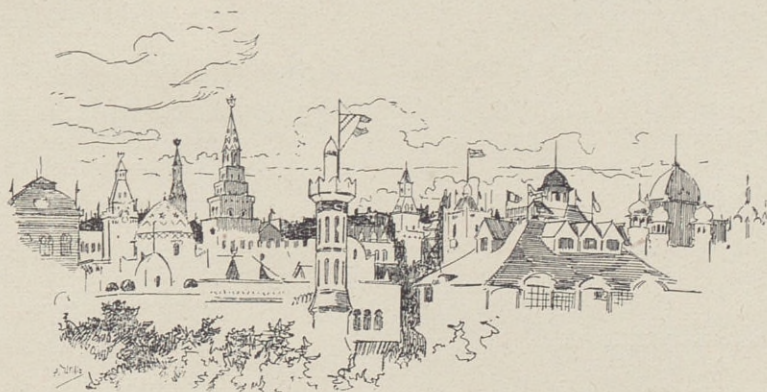
Guiado por un agente de policía andaba un hombre vestido á la usanza bretona, de rostro atontado y seguido de una mujer y una caterva de chiquillos... ¡suyos! Era un pobre lugareño que sin encomendarse á Dios ni al diablo había emprendido, á pie, con su costilla y quince vástagos, el camino de la Exposición. Y una vez en París, sin un cuarto en el bolsillo, y sin saber á donde ir, se tumbaron en el primer sitio que se les presentó delante. Á lo que opuso, naturalmente, su veto la policía y como el mísero breton y los suyos carecen de alojamiento y de *modus vivendi*, se les va á repatriar á su tierruca por cuenta del gobierno. Lo más típico es que en ese dédalo parisien se le han extraviado al viajero siete críos de los quince que se había traído. Y hay que buscarlos.

No quiero concluir esta correspondencia sin echar un parrafito sobre la inauguración que ayer hicimos del pabellón de España, que luce su elegantísima silueta en el Muelle de las Naciones, entre el pabellón de Alemania y el de Mónaco. El acto fué brillantísimo y he de consignar que la selecta concurrencia que á él asistió se manifestó agradablemente impresionada ante las riquezas históricas y artísticas que se exhiben en nuestro palacio, ocupado enteramente por la exposición de arte retrospectivo. Las admirables tapicerías que cubren las paredes, los trajes soberbios, las armaduras incomparables, los diferentes objetos que sería prolijo enumerar, atesorados en las vitrinas, causaron sensación en los visitantes y confieso ingenuamente, que mi amor propio se sentía halagado en grado superlativo al escuchar á cada momento de labios de diplomáticos, aristócratas, artistas y literatos, frases como estas: *Voyez ceci... c'est exquis... et celà? c'est merveilleux!... Epatant!...*

Vaya, que eso le consuela á uno de gitanerías, flamenquismos y demás porquerías de la tierra.

ALFONSO DE MAR

Ilustraciones de A. UTRILLO



Vista de las construcciones levantadas en el Trocadero



SPES

Cuando el desengaño avanza
y del pecho humano lanza
la halagadora ilusión,
sí hay un rayo de esperanza
no se muere el corazón.

Porque evocada con celo,
la esperanza es el consuelo
del mas hondo y cruel pesar;
es el iris que en el cielo
del dolor se ve brillar.

Don del cielo que convida
á restañarnos la herida
que nos causa un gran dolor;
es la puerta de otra vida,
de otra vida que es mejor.

Y al que sufre ó al que llora
y en su pecho la atesora
resignado se le ve,
pues con ella, sufre y ora
consolado por la fe.

Solo por ella, de fijo,
una madre pierde á un hijo,
sin morirse de pesar,
postrada ante un crucifijo
viendo á otra Madre llorar.

Y al morirse un ser querido,
sea esposa ó bien marido
se mitiga la aflicción,
sí al llorar por el que ha sido
se recurre á la oración.

Infeliz del que no espera
y del mundo en la carrera
solo cree en lo que ve;
el escepticismo impera,
porque se olvida la fe.

Que el que con resignación
pone en la fe su confianza,
logrará, en su corazón,
que al morirse una ilusión
nazca siempre una esperanza.

Ramon Surriñach Baell

LA TRIBU ESKIMO ⁽¹⁾

Millares de barceloneses han acudido estos días á satisfacer la curiosidad que siempre inspiran las exhibiciones de cosas y seres exóticos: curiosidad tanto más justificada, cuando lo que se exhibe resulta de un caracter absolutamente inédito. En Barcelona hemos recibido en época no lejana la visita de tribus « pieles rojas » y de aschantis; pero esquimales ó eskimos no habíamos visto todavía ningún ejemplar. Y nada tiene ello de extraño, ya que es esta la primera vez que algunos representantes de aquel curioso pueblo domiciliado en las heladas regiones del Norte se dignan venir á « explorar » la Europa. Hace muy poco tiempo que la tribu eskimo que aquí acabamos de ver se presentó en Londres; de esa capital ha venido á España y ahora emprende el viaje hacia París, en donde será uno de tantos atractivos originales como brinda la Exposición á franceses y extranjeros.

Esa ambulante colonia se compone de siete familias completas, hombres, mujeres y niños, procedentes de las fronteras septentrionales del Labrador. Su talla es reducida con relación al tipo medio europeo, pues la de los hombres no excede de 1'56 metros y la de las mujeres de 1'25 metros por término medio. La circunferencia torácica es en unos y otras de un metro, á poca diferencia: El rostro de tez cobriza, ojos pequeños y vivos y pómulos salientes, acusa marcadamente la ascendencia mongólica. Su indumentaria es de las más sencillas y corresponde á las exigencias del crudísimo clima en que habitan: unos pantalones y una especie de blusa ceñida al cuerpo, fabri-

cadadas con pieles de foca ó de rengífero, una gorra también de piel, á estilo de capuchón y botas espesísimas de recio cuero forradas interiormente, de basta elaboración forman la vestimenta de esas pobres gentes, vestimenta que al encontrarse en nuestros templados países ha debido aligerarse en gran parte.

Sus habitaciones pertenecen al mismo orden rudimentario. Una tienda baja formada también por pieles de foca, con una sola abertura que sirve de entrada y de respiradero forma la vivienda ordinaria de los eskimos. Con frecuencia, en la estación más rigurosa del año, la tienda es reemplazada por una excavación en la nieve endurecida.

Entre los personajes que componen la tribu visitante merece especial mención el ilustre *Tapikapinnik* que pasa por ser el eskimo más alto de toda su nación — 1'72 metros — y debe de estar dotado de una fuerza prodigiosa si hemos de juzgar por su nombre que en lengua eskimo quiere decir: « el hombre capaz de levantar una montaña. » ¡ Y pensar que un hombre así se ha juntado á la expedición y emprendido el viaje á Europa, para huir de su mujer, ó mejor dicho, de una de sus mujeres, una hembra cuya edad dobla la de su marido y tan fiera que ese ha concluido por cobrarla un miedo horroroso! Y en tanto el varón « capaz de levantar una montaña » se da un verde por este Occidente, la terrible vieja le busca inutilmente por las montañas, á donde aquel se había primeramente refugiado.

Fines muy distintos impulsaron á otra notabilidad de la tribu á acometer el mismo viaje. *Chakkanik*, (nombre ex-

(1) Es la sola palabra que debe usarse para designar á la raza y á sus individuos. Hay que decir el eskimo, la eskimo, los, las, eskimos; y no esquimal, ni esquimales



TIPOS, ARMAS Y UTENSILIOS ESKIMOS



EJEMPLARES MASCULINOS, FEMENINOS Y CANINOS ESKIMOS

presivo que quiere decir «cara de sol») es un eskimo que goza de la inefable dicha de estar constantemente de buen humor. Es un filósofo polar; pero filósofo epicúreo, que un día se sintió arrebatado de admiración y lleno de ilusiones al contemplar las fotografías de varias actrices, que le enseñaron unos viajeros ingleses. Como realmente hembras tan superiores no las había visto nunca el buen *Chakkanik* en su patria, dijo: pues vamos á Europa á ver si alguna de esas beldades se enamora de mi carita de pascuas. ¿Ha conseguido el digno eskimo realizar, aunque solo fuese interinamente, su programa?... No lo sabemos; ni nos hemos atrevido á preguntárselo; pero nada veríamos de sorprendente en que así fuera, dada la expresión satisfecha de su semblante.

Chakkanik, empero, debiera acordarse de que las mujeres resultan peligrosas para los hombres de su familia. En efecto, el padre de «Cara de sol» murió víctima de una calaverada senil. Siendo ya viejo y después de haber llevado una existencia muy tranquila al lado de tres esposas, quiso tomar una cuarta y habiendo encontrado un pimpo-

llo á su gusto, se casó una vez más, después de estipular, conforme á los usos de la tierra, que el padre de la novia recibiría de su yerno, al concluir la temporada de la pesca, una determinada cantidad de pieles de foca, de buena calidad.

Pero cuando venció el plazo, el marido que había ya conseguido satisfacer su deseo, llamóse andana. Á título de última concesión declaró que no pagaría más que la mitad del precio convenido. Lo cual indignó en alto grado al suegro que llamó á consejo á toda la tribu. Y la tribu después de madura deliberación, y de convenir en que el padre de *Chakkanik* era un mal hombre que deshonraba á sus conciudadanos, dijo al ofendido reclamante: «Se te ha insultado y perjudicado: hazte justicia.» Y en efecto, pocos días después, había en la tribu cuatro viudas más.

Pero casos por el estilo son muy excepcionales. El eskimo es casi siempre honrado, fiel cumplidor de su palabra, amante de la tranquilidad doméstica, buen padre, buen esposo, buen hijo y buen pagador. Trata siempre á los suyos con dulzura y jamás se le ocurrirá siquiera la idea



CARRERAS ESKIMOS



UN ESPORT ESKIMO

de que un marido pueda levantar la mano sobre su mujer, amenazar á la madre de sus hijos. El eskimo que se atreviera á hacer lo que hacen tantos maridos de la civilizada Europa, veríase inmediatamente y violentamente expulsado de su tribu por la indignación pública. Y el *boycotage* es para un eskimo el castigo más duro, más degradante que se pueda imaginar.

Y puesto que hemos hablado de matrimonios eskimos, no será inoportuno intercalar algunas explicaciones acerca del modo como se verifica la ceremonia. Cuando á un hombre le cae en gracia una de las chicas que están esperando «colocación» comunica su deseo y su propósito al Jefe de la Tribu, el cual á su vez lo pone en conocimiento de la madre de la interesada ó en su defecto, al padre. Aceptado el proyecto, discútese la cuantía de la dote que, al revés de lo que en Europa sucede, ha de ser satisfecha por el novio á los autores de los días de la novia. Lo cual, sea dicho de paso, nos parece eminentemente racional. Se fija el día de la ceremonia y llegado éste se colocan los principales autores del *drama* en un sitio espacioso: el desposado á una distancia de la desposada, de tantos pasos como años hay de diferencia entre la edad de uno y otra. Supongamos que ella tiene solo veinte años y el treinta y cinco: la distancia será de quince pasos. Da el Jefe de la tribu la señal, aprieta la moza á correr y su pretendiente tras ella: si á los quince pasos más alcanza el corredor á su presa, puede el matrimonio darse por cosa hecha. Si no, se queda el pretendiente sin novia y... en ridículo.

¡Vaya unas costumbres más primitivas! exclamarán desdeñosamente algunos civilizados. Serán tan primitivas como se quiera; pero encierran una filosofía matrimonial indudable: un simbolismo muy bonito y al propio tiempo muy práctico, que juzgo inútil puntualizar. Y que me gustaría ver aplicado aquí, en nuestra sociedad, siquiera fuese por ver el hermoso papel que representaría un

carcamal de sesenta octúbres y con un reuma articular, corriendo tras una doncella de veinte abriles, ligera como una gacela. Verdad es que siendo rico el novio, más de una y más de dos veces pondría la novia la mejor voluntad del mundo en dejarse coger.

Los eskimos viajan por Europa con toda la patriarcal impelimenta que caracteriza su especial manera de vivir en su helada patria. Llevan con ellos toda su fortuna, consistente principalmente en lanchas de piel de foca, tiendas de idem, trineos, harpones y enseres de caza y pesca, trajes, provisiones de boca (carne seca de foca, aceite) utensilios de diversos géneros y... ¡perros! Porque el perro que es en todas partes — así se dice al menos — el más fiel amigo del hombre, es para el eskimo no solamente un amigo y un compañero, sino también un servidor incomparable. Así como no se comprende al gaucho americano sin caballo, no se concibe al eskimo sin perro. Este inapreciable cuadrúpedo completa, por decirlo así, la existencia de su amo: inteligente, vigoroso, sufrido, capaz de resistir las mayores fatigas y las más bajas temperaturas, presta valioso y desinteresado concurso al hombre habitante de aquellas crudísimas regiones, especialmente para el arrastre de los trineos, el único é indispensable vehículo que emplea el eskimo para recorrer, con frecuencia, larguísimas distancias.

Algo y hasta mucho más de gran interés podríamos añadir acerca de las costumbres, idioma, etc., etc., de tan curiosa raza; pero nos lo veda la falta de espacio. Pongamos por lo tanto punto final á estas breves impresiones deseando á los simpáticos excursionistas toda suerte de prosperidades. Séales grata su permanencia en las ciudades europeas, á fin de que más adelante, cuando regresen á su patria, puedan emplear las largas veladas del invierno polar, refiriendo á sus absortos oyentes las inolvidables maravillas presenciadas en el curso de su viaje.

X.



FAMILIA ESKIMO Á LA PUERTA DE SU CHOZA

A PAISES DESCONOCIDOS



La Posada



Baile de la Caravana húngara



MAS Y FONDEVILA.—TIRANDO LA RED

LAS INSEPARABLES

(PIROPOS ANDALUCES)

— Me parece que V. exagera, Salud.

— Mire V., Manuel, que me falte mi nombre, si no es verdad lo que digo: Rocío es una buena mujer para un pobre y para un rico decente, si se terciara; yo la quiero porque sí; por verla feliz sería capaz hasta de cortarme el pelo y andar toda mi vida por esos mundos de Dios pidiendo limosna. Cuando la veo tan bonita como una *Imange*, con esos ojos más grandes que su cara, con esos colores de rosa, con ese cuerpo de duquesa, con esos andares tan finos; cuando la oigo cantar como un ruiseñor, cuando me cuenta riéndose cosas que hacen llorar, cuando llena de alegría las calles por donde pasa, cuando hace raya en la Fábrica por *tres* estilos, ¡ créame usted! se me olvidan todas mis penas, gozo como si fuera hija mía y si no soy dichosa es por lo que yo me sé.

— Sí; cuando hay una amistad antigua...

— Antigua, no; va para diez y ocho años, el tiempo que hace que vino al mundo; yo la recogí en mis brazos y en cuanto abrió los ojos me miró protegiéndome y yo no sé como agradecérselo desde aquel momento: por eso mi mayor delicia es ver que todo el mundo la quiere, que los hombres no tienen boca para bendecirla.

— ¡ Buenas cosas oirá por esas calles de Dios!

— Eso es el acabóse: ella, la mitad de las veces no echa cuenta, pero yo voy siempre aplicando la oreja y agradezco los piropos más que si se los echaran á mi persona y los apunto en la memoria para recordárselos cuando viene á pelo, aunque ella siempre dice que me deje de tonterías.

— Me gustaría conocer algunas de *esas tonterías* con que obsequian á la bellísima Rocío sus admiradores.

— Mire usted; ayer, sin ir más lejos, fué uno de esos días en que no dábamos un paso sin oír un requiebro: ¡ parecía una batalla de *flores*!

En la misma puerta de casa le dijo un aficionado al toreo, que está muertecito por sus pedazos:

« Gozo mirándote como si estuviá comiendo durse. »

Yo, que no lo *camelo*, porque no me gustan los bigardones, no me pude contener y le contesté con muy mal aire:

« Pues límpiate, que estás de huevo. »

Junto al cuartel de los Terceros la obsequió así un soldado que debe ser un *tunela*:

« Ole, la sal del mundo; jasta las piedras se derriten cuando las pisan. »

Y un teniente, que no es mal mozo, pero que se dejó el *ange* corgao de un clavo, le murmuró al oído, como si estuvieran *timándose*:

« Ya lo sabes, hija; me gustas más que si fueras de oro. »

Mas salero tuvo un *curda*, pintor de brocha, que al vernos en Santa Catalina se quitó la gorra y exclamó como er que va á jase una promesa:

« Por usted soy capaz hasta de aborrecé er vino. »

Y como yo me echara á reír, remachó el clavo, preguntándome:

« ¿ Verdá que sí, agüela? Diga usted conmigo: ¡ Vivan las pinturas de Murillo!

— ¿ Á eso de *abuela* no le contestó V. nada, Salud?

— No crea usted que me ofendí; como comparó á la niña con la *Vigen* ¿ quién se metía con aquel barrí destapao?

— Adelante con los piropos.

— De las cosas que más gracia me hacen es cuando pasamos por la puerta de la Universidad: como los señoritos son tan descaraos y cá uno es hijo de su padre y de su madre, se oyen cosas como pa archivarlas... aunque se metan conmigo, que soy más vieja que la muraya y más fea que pegarle á Dios.

Mire usted que estuvo sembrao aquel barbián que nos saludó sombrero en mano, como si pasaran dos princesas, y cuando ya íbamos de espaldas, nos hizo este retrato de cuerpo entero en dos palabras:

« Vayan con Dios el día y la noche. »

Por más señas que Rocío no se enteró bien y como volviése la cara se encontró con este confite:

« Bendito sea el primer pensamiento de tu fundación. »

Ella se puso roja como una amapola, y un señoritín que me recordó el espíritu de la golosina, gritó como si estuviera en el teatro:

« Es V. el sol de la hermosura de esta tierra. »

Un vendedor ambulante de esos que las cazan al vuelo, quiso hacerle la competencia soltando esta patada:

« De buena gana le tomaba á V. la cara, niña. »

Por cierto que me esplayé con aquel granuja y si no hubiera sido por no disgustarla armando un escándalo, por la gloria de mi madre que lo arañó.

— Me parece que le gustan á V. más los estudiantes que los regatones.

— ¿Por qué lo he de negar?: como mi Rocío tiene mucho mérito, porque Dios se lo ha dado, me hace daño que se le atreva cualquier ropa-suelta: yo quisiera verla hecha una gran señora, no con mucho dinero, sino con un hombre que valga, que sea de su gusto y que gane para mantenerla como ella se merece. Y lo he de conseguir ó he de poder poco. ¡Si los hombres supieran distinguir!...

— Pues ya ve V. como distinguen, echándole á su amiga cada requiebro que arde en un candil.

— Jarabe de pico: pasa una mujer de primera, como esa, sin ofender á nadie, se encandilan, largan un chicotazo y luego si te ví no me acuerdo. Á lo mejor sale uno haciendo esta declaración:

« Iba yo por usted... hasta la Vicaría. »

Y no es capaz de ir ni á ver la hora que es en el reló de la Plaza Nueva.

Por supuesto, lo más gracioso es ver que algunos se tiran para atrás precisamente, porque la chiquilla es muy guapa y muy honrada: eso me parece que le pasó á un comerciante de calle de Francos que se la comía con la vista y cuando creí yo que se iba á arrancar, tomó las tablas del mostrador y se metió dentro tartamudeando el muy zopenco, aunque dicen que es andaluz:

« Adios, Rocío, que su marido la haga á V. feliz. »

Eso es uno que tiene reunida alguna luz; pues tres cuartos de lo propio le pasa á cualquier artesano honrado, que después de pensarlo mucho se *naja* exclamando:

« Vayusté con Dios, que pa quererla va á sé preciso echá una solicitú ar ministro. »

Pero, en fin, de todos modos le gusta á una que le regalen los oídos con palabras dulces por este estilo:

« Ole tu boca, más bonita que un diamante. »

Ó,

« Yo no soy ambicioso: con ese cuerpecito me conformo. »

Y no digo nada, cuando se oye este zalamero repiqueteo:

« Te llevaba á la Exposición de las caras bonitas. ¡Por mi salud que sí: ¡ole! ¡ole!

Apenas y me pongo yo orgullosa, cuando al entrar en una fiesta donde hay lindas muchachas le dan á mi Rocío las buenas noches de esta manera:

« ¡ Ole, ole! te mereces una corona... por bonita.

Y si por casualidad sale bailando un tango, como ella sabe, no faltará quien le haga justicia:

« ¡ Ole, gracia por arrobas y sal por quintales! »

Pues calcúlese V. que se le antoja cantar, que se mueven para escucharla hasta los cuadros de la pared; y no ha rematao la copla, cuando le dice el más simpático de la reunión:

« Ronco me estoy poniendo de bendecí esa cara, y esa boca y esa vocesita de gloria. »

Por eso, no se me olvidará nunca esta despedida que le echó un casero que había puesto, muy bonita por cierto, la Cruz de Mayo:

« Usted lo pase bien, preciosa; y permita Dios que no haya invierno para ese canastito é flores. »

* * *

¿ Se comprende ya por qué habían merecido Salud y Rocío el hermoso título de *Las inseparables*? Pues aun queda el resto de la explicación que también tuvo la fortuna de oirla de los mismos labios de la bella:

« Á Salud le prefiero entre todas mis amigas porque es más buena que fea; porque tiene un corazón de oro; porque no conoce la envidia; porque siempre encuentra recursos para socorrer las desgracias de las compañeras.

Además, es la gracia andando: toca, canta, baila, tiene *timos* superiores, sin molestar á nadie, y en estando á su lado no hay penas. Tan fea como dicen que es, si ella no se conociera como se conoce, le hubieran sobrado los hombres por docenas.

Y, sobre todo, yo la quiero como de familia porque ha sido la mejor de las hijas: quince años hace que se quedó sin madre y ni un domingo siquiera ha dejado de ir á llorar al cementerio y á poner flores sobre su tumba. Y solo porque su madre (q. e. p. d.) era apasionada del dulce no lo ha vuelto á probar y hasta el café lo toma sin azúcar. ¡ Por eso la quiero!

¡ Bien por las inseparables honradas!

MANUEL DÍAZ MARTÍN

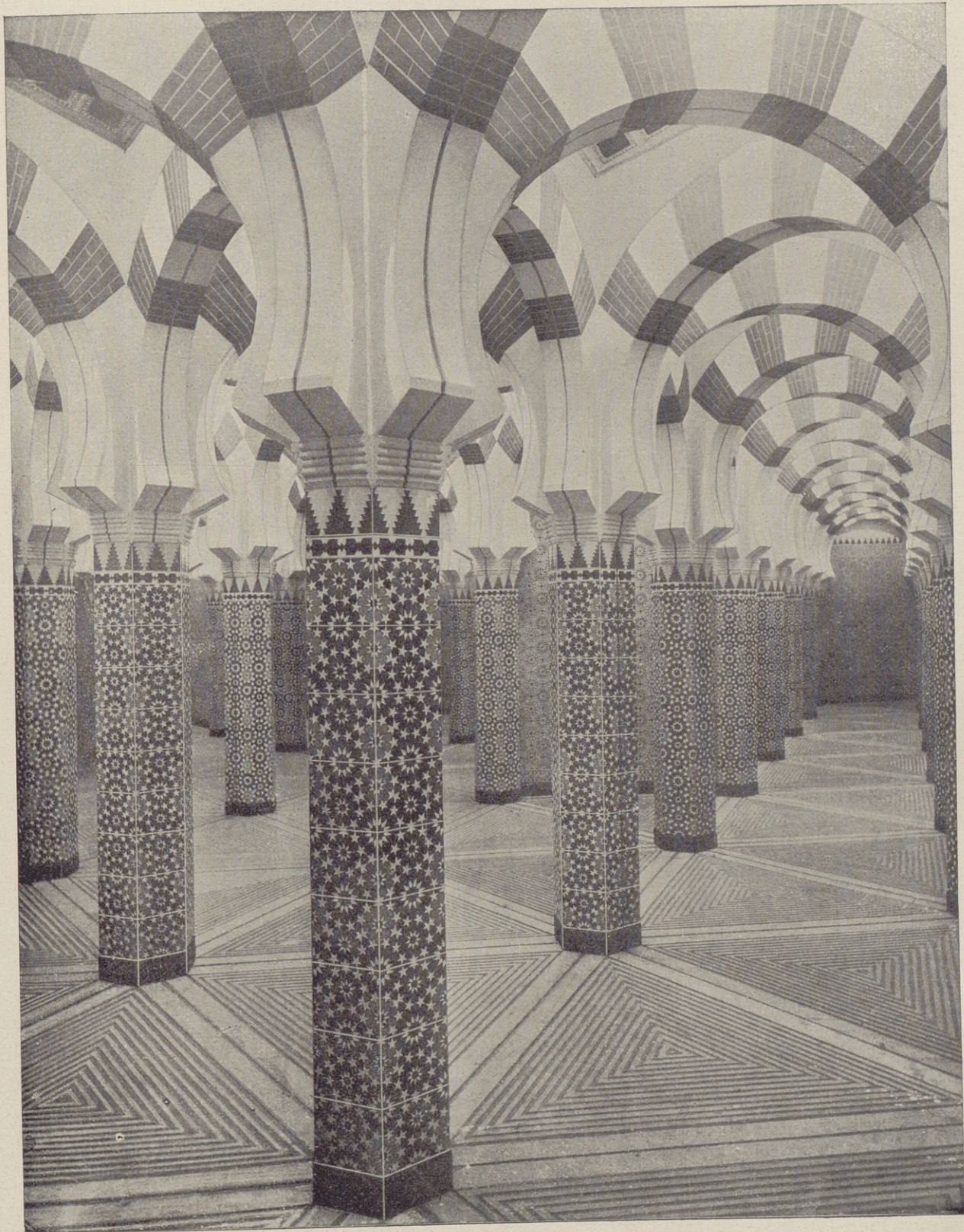
Sevilla, Enero de 1900



J. MIR.—LAS DORADAS MIESES

AZULEJOS CARTÓN PIEDRA

de HERMENEGILDO MIRALLES: Calle de Baslén, 59; Telefono 443.- BARCELONA



PROYECTO DE ANTERO DE OTEYZA

LABERINTO ÁRABE

FOTOTIPIA DE HAUSER Y MENET.-MADRID

Teatro Moderno, - San Marcos, 35, - Madrid

MONTSERRAT
 ALBUM al tamaño 28 x 35
 conteniendo
 32 reproducciones
 FOTOGRAFICAS
 INÉDITAS
 Precio 3 pesetas.

A LOS TOROS
 ALBUM
 POR
D. DANIEL PEREA
 conteniendo 28 acuarelas
 al cromo

VÉNDESE en las
 principales
 LIBRERÍAS
 Y
 PAPELERÍAS.

LITOGRAFÍA
 montada con todos los
 ADELANTOS MODERNOS
 y la mas IMPORTANTE
 DE
BARCELONA.
HERMENEGILDO MIRALLES
 calle Bailén, 59.

Etiquetas
 y
 CAJAS
 DE LUJO
 CON
 RELIEVES.
 PARA LA
 INDUSTRIA.

ENCUADERN.
 Industriales
 y
 ARTÍSTICAS
 AZULEJOS
 cartón piedra
 PLATOS,
 etc. etc.



¡Mire que tiene bemoles este descubrimiento! ... ¡Poder ver lo que lleva ahí dentro ese granuja sin necesidad de echarle el guante!